

**Miguel Reyes Elena**

**Universidad de Comillas  
Madrid, 24 junio 2015**

**La persona con  
discapacidad intelectual en el  
corazón de la Comunidad y la Iglesia**



# Introducción

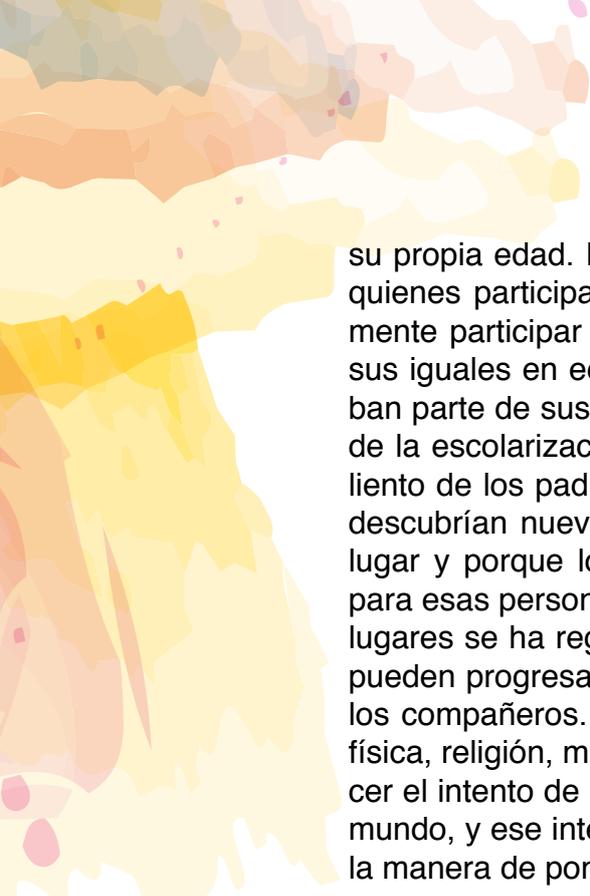
Yo no soy precisamente un estudioso; no soy experto en Jean Vanier como Javier; ni tampoco en espiritualidad como Ignacio. Por eso, y porque lo mío no es hablar en público, leeré lo que tengo preparado para no liarme.

Soy simplemente padre de Eneko, y por él y con él (y mi esposa Muski, ausente porque trabaja) miembros de una comunidad de Fe y Luz, cofundada por Jean Vanier: él fue instrumento del Espíritu para que las pcd encontraran un lugar donde vivir la fe en la iglesia, en las iglesias; e indirectamente para encontrar un sitio en la comunidad humana.

## Distintos lugares de la pcd en la comunidad y la Iglesia

Yo veo varias visiones, varias maneras de ubicar a la persona con discapacidad intelectual (=pcd) en la familia, en la comunidad (término usado ambiguamente a propósito) y en la Iglesia (seguro que hay más):

- La pcd como castigo. ¡Cuántos padres y madres se confrontan con Dios y le piden cuentas! “¿Por qué a mí?” Y entre otras hay dos tipos de respuesta: o se piensa que Dios ha castigado a esa familia o se le da la espalda a Dios: “ya no quiero saber nada más de ti”.
- La pcd como adorno. En algunas realidades eclesiales la pcd sirve para “adornar” la escenografía litúrgica. Se le pone un vestido de monaguillo, se le sienta en un banco lateral (bien visible) y ahí queda todo. Al final se le da un beso y hasta la próxima.
- La pcd como un apéndice ineludible e irremediable. Es el caso de muchas familias: su hijo está ahí y se le sobrelleva. A veces hasta un límite y entonces llega la crisis y ruptura conyugal en la cual es la mujer quien se queda con el problema de afrontar a una persona que no sigue los parámetros más habituales de crecimiento y de comportamiento.
- La pcd como alguien normal. ¿Qué es lo normal? Es el caso opuesto a los anteriores. Es el “aquí no pasa nada”, o el “ya se curará”. Tarde o temprano la evidencia se impondrá. Mi madre se murió afirmando que Eneko se estaba curando.
- La pcd como alguien a integrar dada su discapacidad. En la Comunidad es ésta una opción que tomó cuerpo con las leyes educativas de los años 80. Se afronta a la pcd ofreciéndole los recursos específicos necesarios para que ella progrese en los diversos campos de su vida integrándose en la medida de lo posible con el grupo “normal” de

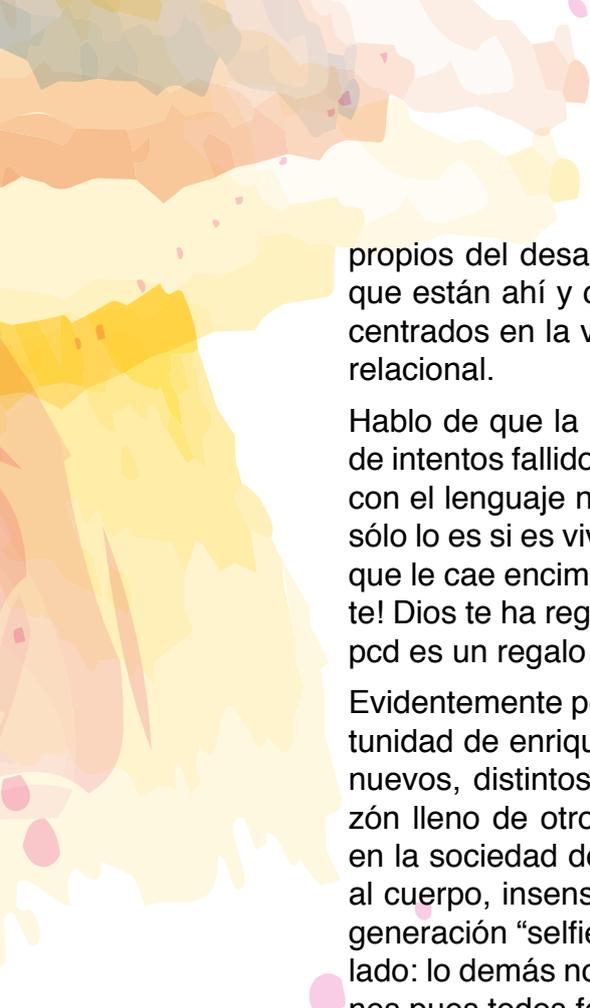


su propia edad. El resultado fue muy alentador en los primeros años: quienes participaban de ese programa (a Eneko le tocó cronológicamente participar en ese programa) estaban en las mismas aulas que sus iguales en edad, jugaban con ellos en los recreos, incluso formaban parte de sus equipos, de sus catequesis, de sus fiestas,... El final de la escolarización obligatoria marcó un muro que aumentó el desaliento de los padres por dos motivos: porque los demás adolescentes descubrían nuevos intereses vitales en los que las pcd ya no tenían lugar y porque los sistemas educativos y laborales no tenían hueco para esas personas: ahí se acababa la integración. Incluso en muchos lugares se ha regresado al aula de educación especial para que ellos pueden progresar más y así no interfieren los procesos educativos de los compañeros. Para la integración quedan las clases de educación física, religión, música y los recreos. En este enfoque hay que reconocer el intento de avance: desde la segregación a la integración hay un mundo, y ese intento ha ayudado para que los estudiosos ahonden en la manera de poner a las pcd en el corazón de la Comunidad.

- La pcd como una persona amada por Dios tal como es, y por tanto como un don para la comunidad y la Iglesia. Eneko era gemelar. Horas antes de lo que luego fue el parto natural algo se rompió. Finalmente uno de nuestros hijos nació muerto y Eneko nació con una parálisis cerebral fruto de sufrimiento fetal agudo en los momentos en torno al parto. Nada más ver la luz fue llevado urgentemente a la UCI tras informarme los médicos a mí de todas las “barrabasadas” que le iban a hacer para intentar evitar su fallecimiento. Cuando entré en la sala del postparto e informé a Muski de lo que había simplemente nos agarramos de la mano y nos pusimos en las manos de Dios. A los tres. Para nosotros posiblemente aquel fue un momento fundante de nuestra relación conyugal y paternal. Ya Dios nos había puesto otros regalos: nuestra fe estaba sostenida por una comunidad de referencia del Movimiento Adsis, con quien compartíamos y seguimos compartiendo nuestra vida. Éste de los primeros momentos fue otro soplo de su Espíritu.

Desde ese momento Eneko se convertía en un regalo misterioso; como misterioso era su futuro si salía adelante: se podía morir (o no), podría mamar (o no); lo mismo con andar, hablar, reconocer, sonreír, usar el efecto pinza de los dedos,...; era candidato a la epilepsia, a un buen manojo de enfermedades y de límites sensoriales, cognitivos,... Algunas de esas predicciones se han cumplido, otras no.

Cualquier progreso que se daba en él era para nosotros un milagro. Los que tenéis hijos lo habéis experimentado: cualquier avance se celebra, hasta la primera caca fuera del pañal en el adaptador de la taza del wáter. Pero en la inmensa mayoría de los hijos esos fenómenos son “lógicos, presumibles”. En Eneko cualquier paso de progreso se convirtió en un regalo para nosotros. Y entonces te fijas en otros aspectos menos



propios del desarrollo “normal” y comienzan a emerger otros campos que están ahí y que definen a Eneko (¡y a cualquier persona!), no tan centrados en la vida cognitiva y más centrados en la vida emocional y relacional.

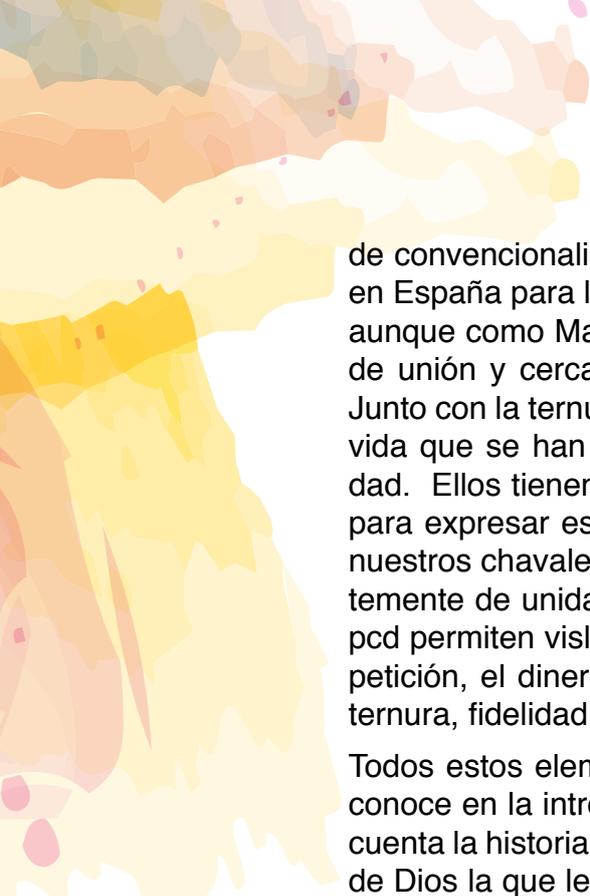
Hablo de que la pcd es un don, un regalo. Todos hemos sido testigos de intentos fallidos de regalo: o porque “ya lo tengo”, o porque se afirma con el lenguaje no verbal que “esto no me va”, etc. Y es que un regalo sólo lo es si es vivido así por el destinatario del mismo. A aquella familia que le cae encima un castigo del cielo no se le puede decir “¡Qué suerte! Dios te ha regalado un hijo con discapacidad”. Quiero decir que una pcd es un regalo cuando su entorno lo acoge como tal.

Evidentemente poder mirar a una pcd y ver en ella un regalo, una oportunidad de enriquecimiento para los que la rodeamos, exige unos ojos nuevos, distintos a los habituales en la sociedad. Pide tener el corazón lleno de otros valores distintos a los que hoy más se propugnan en la sociedad de consumo, individualismo egoísta, culto a la imagen, al cuerpo, insensibilidad ante los demás,... Estamos en tiempos de la generación “selfie”, la que sólo se ve a ella y al que elige que esté a su lado: lo demás no existe. Y esos valores se cuelan en todos los corazones pues todos formamos parte de esa sociedad.

Jean Vanier coloca a la pcd en el corazón de la comunidad y la Iglesia

Jean Vanier fue un adelantado a los tiempos pues cambió su punto de mira desde las capacidades o discapacidades, incluso desde los derechos de las personas (tan de moda hoy) al concepto de la persona como poseedora intrínseca de valor. No dejó de obviar las discapacidades pero fue capaz de descubrir que toda persona, por el hecho de ser persona, es una historia sagrada en la que se conjugan limitaciones y posibilidades, déficits y riquezas, que cada persona es un misterio regalado por Dios a la Comunidad. Por ello lo importante es descubrir el don que cada persona y concretamente cada pcd aporta a la comunidad y a la Iglesia. De ese modo, la Comunidad y la Iglesia incluyen a cada persona sea cual sea su situación. Porque al fin y al cabo quien más quien menos todos tenemos un buen manojo de capacidades muy limitadas: en mí es evidente la discapacidad visual (¡las gafas!) pero tengo otras en el corazón que no se me ven pero que son más limitadoras de mi persona, de mi capacidad de amar, de construir un mundo más amable, de mis relaciones con los que me rodean o con quienes están más lejos.

En Eneko, su rostro habla más que su palabra. Él no es un ángel (visión bastante habitual sobre las pcd); tiene sus luchas internas sobre el bien y el mal, sobre a quién acercarse y de quién tomar distancia,... Un elemento muy común a muchas pcd es la ternura. Su lenguaje corporal y afectivo es un torrente de abrazos incondicionales y exentos



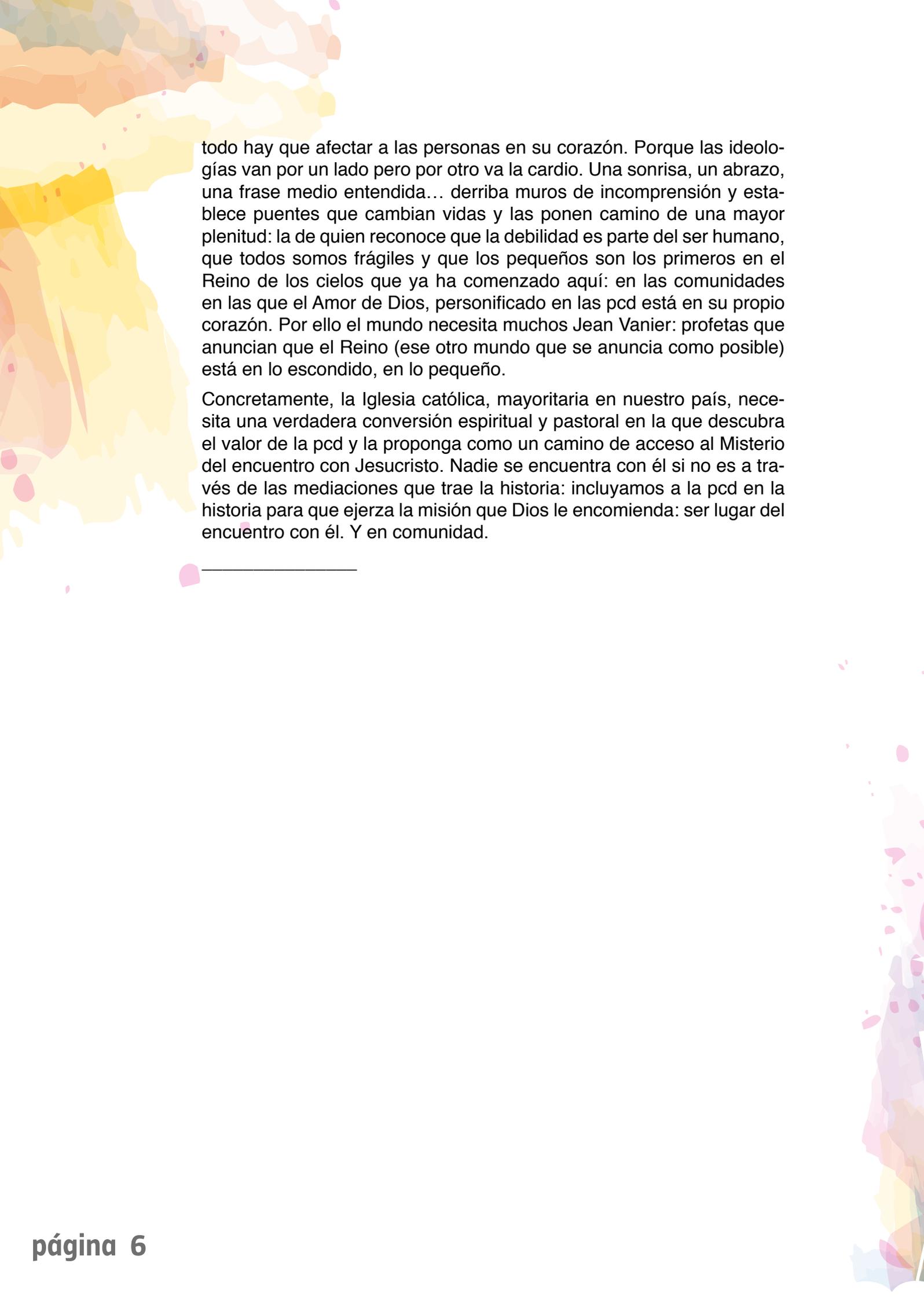
de convencionalismos y formalismos. Los “chavales”, nombre habitual en España para llamar a las pcd que forman parte de las comunidades aunque como Manuel Ángel tengan 78 años) son verdaderos motores de unión y cercanía, ayudan a disolver las tensiones de los demás. Junto con la ternura, está la alegría. Ésta proviene de un corazón y una vida que se han encontrado con Jesús en el ámbito de una comunidad. Ellos tienen una mayor capacidad que el común de los mortales para expresar esa alegría. Éstos son valores que Dios nos regala en nuestros chavales: su belleza interior es fuente de vida y muy frecuentemente de unidad para sus padres. Y para los que no son familia las pcd permiten vislumbrar que existe un universo diferente al de la competición, el dinero y el éxito al invitar a mantener unas relaciones de ternura, fidelidad, amistad, escucha.

Todos estos elementos fueron intuitos por Jean Vanier. Él mismo reconoce en la introducción del libro de Marie Hélène Mathieu en el que cuenta la historia de Fe y Luz que en su andadura vital ha sido la Mano de Dios la que le fue llevando al encuentro de las personas con discapacidad en aquel tiempo marginadas. El comienzo de El Arca en 1964 fue más motivado por un deseo inspirado por la Voluntad de Dios sobre Jean de “aliviar el sufrimiento y de ayudar a estas personas tan débiles, frecuentemente machacadas por la vida pero creadas por Dios y escogidas por él”. Él mismo reconoce que aceptó entrar en ese campo contando con su poca experiencia, su inocencia y su buena voluntad. Pero convencido de que ser cristiano es ponerse del lado de los débiles y pobres.

Desde entonces, tanto en El Arca como en Fe y Luz, la pcd está en el corazón de la Comunidad. Porque ella es un sacramento privilegiado del Amor de Dios hacia los demás que realiza realmente lo que simboliza: que Dios nos ama. Mediante su ternura, su alegría, su sensibilidad,... nos interrogan constantemente a los demás en nuestras actitudes, en nuestros valores, en nuestras opciones. Jean Vanier no necesitó hacer grandes estudios científicos sobre la discapacidad: el 5 de agosto de 1964 se puso a vivir con Raphaël, Philippe y Dany. Y la vida y el discernimiento del deseo de Dios para todos fueron haciendo el resto. La pcd es débil, frecuentemente acompañada de enfermedades, con diferentes grados de autonomía. Dios escogió lo débil del mundo para confundir a los fuertes. Jean también. Él comprendió que en la debilidad Dios se hace fuerte.

La pcd no es ni un castigo, ni un adorno, ni un apéndice. Es un regalo, un privilegio para quien lo recibe. ¿Cuál es su lugar? El corazón de la comunidad, sea ésta la comunidad de vecinos o cualquier otra comunidad de ámbito civil. Con más razón en la Iglesia la pcd debe ocupar su corazón.

Para que todo esto ocurra, hay que cambiar mucha mentalidad y sobre



todo hay que afectar a las personas en su corazón. Porque las ideologías van por un lado pero por otro va la cardio. Una sonrisa, un abrazo, una frase medio entendida... derriba muros de incompreensión y establece puentes que cambian vidas y las ponen camino de una mayor plenitud: la de quien reconoce que la debilidad es parte del ser humano, que todos somos frágiles y que los pequeños son los primeros en el Reino de los cielos que ya ha comenzado aquí: en las comunidades en las que el Amor de Dios, personificado en las pcd está en su propio corazón. Por ello el mundo necesita muchos Jean Vanier: profetas que anuncian que el Reino (ese otro mundo que se anuncia como posible) está en lo escondido, en lo pequeño.

Concretamente, la Iglesia católica, mayoritaria en nuestro país, necesita una verdadera conversión espiritual y pastoral en la que descubra el valor de la pcd y la proponga como un camino de acceso al Misterio del encuentro con Jesucristo. Nadie se encuentra con él si no es a través de las mediaciones que trae la historia: incluyamos a la pcd en la historia para que ejerza la misión que Dios le encomienda: ser lugar del encuentro con él. Y en comunidad.

---





















